

Asando castañas la víspera de su boda

La Loli

La Loli se quedó a la día vinda de las Vinosas. ¹⁹⁹⁶ En el verano, pero había
Nunca había sido más afortunada. En aquellas a uno de las seis de la tarde
con la mancha como quien dice terminada sentada, muy tranquila frente
al local, pensándose la gargantilla con el cavallito ribicado de
brillantes.

A los sesenta y cuatro años estaba muy bien, con la cabeza muy en
su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos
los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño
(porque los veranos había nacido con la costumbre de pasarlos en Salin-
Traper por a los rajes de que se quedaba en Carcailha, mucho más fácil
y sin estrés, pero se raje, se raje porque Grecia Chelido era terriblemente
tonta) a jugar a la canasta con sus amigas.

Aquel día, sin embargo y ya porque no fuese verano — que debía
con mucha probabilidad de no serlo porque la de Arripe, que tenía una
memoria tan buena que podía dar palas y sueños de miradas en las que
nadie más se hubiera fijado, dijo que a una de sus sobrinas, muy joven, le
había pillado asando castañas la víspera de su boda — o porque en Salin-
Traper hablara una epidemia a milímetros de cohera o, incluso, porque no
entrara extraño miércoles, allí estaba.

— ¿Seguro?

— Vaya tontad a veñta con sus propios ojos, si es que no me crees.

Y fue, sí.

Fue a mirar con sus propios ojos y así y como la criada terminada de
comer la encontró travolta y, después, con movimientos sigilosos y sin
tocar nada, volvió la mano primero por el lado derecho, y luego por el
izquierdo, y leyó en aquellos ojos tan azules un azul muy intenso y, en los
labios tan pálidos que parecían querer un poquito arrojárselas decir algo,
cierto remoto aire de mala palabra...

— Algún día — miró, casi sin temerarse tal vez porque no era doña
Paula de esos que pierden los nervios y se ponen a pagar gritos fácilmente
— tanta que ocurrir algo así.

Después de luego el puñito, volvió la cabeza, se llegó a su habitación
y, allí, después porque qué pena sería ya, no terminó de ponerse la
gargantilla sino que se vistió su traje negro de los domingos y, con
cuidado de no engancharse porque la sería si que la tenía ya puesta, la
izquierda primero, bien derecha, y luego la derecha, sus medias negras, sus
medias negras y sus pendientes de azabache y, en la cabeza, la mantilla no
de las grandes ceremonias sino la pañoleta, sencilla y sin aparos blanca...

Luego buscó su bolso y, a la salida, que la mantilla hacer como quien
no da crédito, "ahora venga; tengo que decirle a Mancela".

que, como es natural, no llegó a celebrarse más que porque no fuera a lo mejor verano — y que muy posiblemente no lo fuese porque ella, para contrarrestar un poco con la circunstancia de estar frisando con el otoño de su vida, había insistido en que se quería casar en primavera — por todo el revuelo que se armó ante un hecho que al pillar al pueblo entero desprevenido porque “¿Quién iría a esperar algo así?”, se decían, rememorando, los unos a los otros

en el convite cuando por fin tuvo lugar aunque, porque al remate resultó muy bie

Risita Ahogada decía que esto lo habría escrito santa Teresita del Niño Jesús, que era tan obediente y tan buena que si la llamaba su mamá se dejaba la palabra que estuviese escribiendo sin terminar.

Jimena